

Pero hay una reina de rara belleza
que cuida de mi alma la senda sombría
y quedo le dice: yo soy la tristeza,
y tú eres la amada, la enferma hija mía.

Yo soy la esclutada, la musa doliente
que sueña en lejanas comarcas brumosas,
la pálida virgen que enreda á su frente
guirnalda de marichitas de anémicas rosas.

La eterna implacable se acerca á quitarte
de todas tus penas el trágico peso...
la noche descendiente... y puedes llevarte
la flor enfermiza de mi último beso.

Pedro González Blanco.

Madrid 1899.



EL MILAGRO

AMA justificada tenía el Sr. de Contruces de hombre algo extravagante...; contábase de él mil curiosas historietas, aunque ninguna, en honor á la verdad, redundaba en perjuicio de su buen nombre.

Viejo ya, solterón, muy rico y sin parientes, vivía retirado en una finca de su propiedad, donde contaba terminar sus días pacíficamente.

Paseábase una noche, solo, por las cercanías del inmediato pueblo, y después de seguir largo trecho la vereda que serpeaba por un espeso bosque, casi á tientas, pues la luna en su primer cuarto creciente apenas difundía un vago resplandor, fué á dar con la misera casucha de uno de sus colonos, el tío *Pulgás* por mal nombre, un viejecito acartonado que vivía solo con su hijo Pedro en aquel enmarañado rincón de la floresta.

Rumor de voces masculinas llegó á oídos del Sr. de Contruces, y él, que era curioso de suyo, fué guiándose por el sonido de las tales voces, hasta que aplicó la oreja á un desportillado ventanillo, pudiendo oír distintamente el diálogo que sigue:

—¿No decías que solo un milagro de Dios podría ablandar el corazón del que quieres que sea tu suegro? Pues aquí tienes ya el milagro.

—Padre, vuelvo á repetirle que el bolsillo que se encontró usted en la encrucijada es del Sr. Lucas, porque tiene, como se puede ver, sus iniciales. Además, se yo que hoy mismo tenía que ir á la feria de N. para comprar ganado.

—Bueno, pues aunque eso sea...—contestaba el tío *Pulgás*—Nosotros somos pobres como las ratas, y él... cuando tanto oro tenía guardado, señal de que es rico.

—Se engaña usted,—insistía el muchacho,—la compra del ganado no era por su cuenta.

—¿Tú que sabes?—le interrumpió el viejo—Yo lo que te digo es que quiero quedarme con este dinero ¿entiendes?

—Pero, padre...

—¡Es mío, mío!... Con él no solo podemos salir de apuros, sino que también se hará el milagro de que el padre de Juanica te la dé por mujer... ¿No estás pensando por ella hace ya tres años, y sin barruntos de avenencia con ese viejo avaricioso? Pues ahora verás como cambia de modo de pensar... y tú vivirás tan ricamente con una mujercita que parece un pino de oro... ¡Y *cuidao* que ella te tiene ley! A la legua se le vé la inclinación... Convéncete, Periquín, estará de Dios que seas su marido...

El taimado viejo había tocado la cuerda sensible de su hijo, porque este solo contestó con un suspiro.

Después de un rato de silencio el Sr. de Contruces oyó primeramente sonido de monedas, y luego la emocionada voz del tío *Pulgás* que decía: —¿No te alegran los ojos estas monedas de oro tan bonitas y relucientes? ¡Míralas, Periquín! ¡Todas son isabelinas! ¡Y hay muchas... cuarenta, sesenta, setenta... setenta y cinco, ochenta! ¡Dios do Dios, cuanto dinero! Cuatrocientos duros... que hacen ocho mil reales!...

Nueva pausa, y luego la voz vacilante de Pedro:

—Pero aunque yo me calle esta... esta acción ¿erece usted, padre, que no se descubrirá todo?

—Eso fuera bueno si yo no tomara mis medidas para despistar á la gente... Verás: ahora mismo me voy muy calladito á la encrucijada donde topé con el bolsillo, y lo dejo allí otra vez.

—¿Vacío?

—¡Claro, hombre!

—¿Y qué?

—Que antes de despuntar el día me voy por los alrededores de aquel sitio, ojo avizor á los que se acerquen, y al primer vecino que vea... me junto con él muy tranquilamente como si lleváramos el mismo camino... Llegamos á donde está el bolsillo... y si él lo descubre y le echa mano ¡bueno! ya ve que no tiene nada dentro; si no para en él la atención... entonces seré yo quien lo recoja... y de las dos maneras habrá un testigo...

—¡Ay, Virgen del Carmen!—gimió el muchacho—Por Dios le pido, padre, que no haga eso... ¡Devuelva el dinero! ¡Todo se va á descubrir y nos perdemos para siempre!

—¡Cobardón!—contestó el tío *Pulgás* sulfurado—Te digo que lo hago como te lo he dicho, y no me repliques más... Ahora mismo me voy á la encrucijada...